

Reflexiones filosóficas en torno al límite

(y al límite escurridizo entre filosofía y literatura)*

Cristóbal Holzapfel

A modo de Introducción

Quiero partir por una anécdota personal. En los años ochenta, cuando vivía en Friburgo en Brisgovia, con ocasión de la realización del doctorado en filosofía, un fin de semana me encontraba con mi hija Carolina paseando por las orillas del Rin en la ciudad de Breisach. Ya cuando estaba atardeciendo y no quedaba mucha gente, de pronto me llama la atención un Señor que se pasea con una copa de coñac. Mas, había que regresar pronto a Friburgo, de tal manera que nos embarcamos en el auto y nos fuimos. Pero, no había avanzado muchas calles todavía cuando propongo volver para conocer al Señor de la copa de coñac. Eso hicimos y apenas nos bajamos del auto lo encontramos sentado en un banco mirando el río y por supuesto con la copa de coñac. Sigilosamente me acerqué y me atreví a manifestarle mi curiosidad acerca de qué hacía alguien en la orilla del Rin con una copa de coñac en su mano. Desde luego temía que el Señor se molestara por mi impertinencia y mi invasión irrespetuosa en su mundo privado. Pero, nada de ello sucedió. Y entonces, a modo de explicar su situación, en cierto modo, de justificarse a la vez, nos invitó a que lo acompañáramos a su casa. Naturalmente nosotros esperábamos encontrarnos con eso precisamente: una casa. Pero nada de eso había, sino algo parecido: algo así como un vagón de tren, o más bien como el vagón que solía ir al último en los antiguos trenes, el cual era más pequeño y en él viajaban los conductores; mas, tampoco era eso; era más bien el vagón, muy parecido al anterior, que usaban los leñadores, que se adentraban en el bosque, en este caso, en los bosques de la Selva Negra, para sacar leña, y teniendo que pasar allí largas temporadas. Pues bien, el vagón o carromato aquél de nuestro personaje era tirado por un tractor. Nos invitó a entrar y quedamos inmediatamente deslumbrados con la Carolina al ver las paredes del carromato tapizadas de maravillosas fotos, en un formato grande, al modo de *poster*, y que mostraban paisajes con gentes muy diversas. Entonces comenzó él a contar que

* Clase Inaugural para el Año Académico 2011 de Filosofía de la Universidad de Chile.

hace más de diez años se encontraba realizando un proyecto personal, cual era fotografiar los paisajes a lo largo de toda la frontera alemana, país que colinda con varios otros, a saber, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, Austria, la antigua Checoslovaquia, Polonia, Rusia, Suecia, Dinamarca. Con este relato quedé completamente fascinado. Tal vez en ese momento había tenido la ocasión, el regalo, de conocer al primer personaje propiamente de frontera, lo que corresponde a la definición que Eugenio Triás suministra acerca del ser humano. Somos “habitantes fronterizos”.

1

Existimos en un mundo enteramente delimitado. Los límites pueden ser tanto naturales como artificiales, límites que son geográficos, pero por cierto también geográfico-políticos, y no siempre estos últimos con apoyo en los primeros. Si decimos ‘límite’ aludimos con ello también a una discontinuidad, y entonces el asunto está en el grado de independencia que estipulamos de ésta con respecto al *continuum* a que pertenece, llámese éste materia-energía, flujo, ser o devenir. Podemos ver cada ente y a nosotros mismos en tanto seres humanos como unidades indivisibles, como in-dividuos, y a partir de ello tendemos a descuidar nuestra pertenencia a un todo. O, al contrario, podemos ver en cada individuo, y en nosotros mismos, nada más que momentos de un todo que se despliega, se desenvuelve. El sujeto universal que se constituye con el idealismo alemán, sea desde Fichte, Hegel o Schelling, tiene significativamente este carácter. Quien es reconocido como el fundador de esta corriente de pensamiento – Fichte – sostiene que “Si yo pienso – aludiendo con ello al *cogito* cartesiano – ello piensa por mí”, en lo que este *ello* se refiere al cosmos que ha evolucionado hasta un punto tal en que se desdobra, y de ser sólo esencia, de ser lo que es, es ahora esencia y conciencia a la vez. Pues bien, con Fichte podemos decir que el cosmos se está pensando a través nuestro, como ya en el reino animal ha comenzando a sentirse, verse, oírse, olerse, degustarse, palpase e incluso soñarse a sí mismo. Nitidamente podemos ver en ello a la vez un rotundo anticipo de lo que será con posterioridad el “principio antrópico” en la ciencia, el cual sostiene que la fórmula o ley que el científico supone descubrir ya está ahí, “esperando” que precisamente él la descubra.

Con todo lo extraordinariamente fecundo que es este pensamiento, iniciado por Johann Gottlieb Fichte, lo que nos interesa destacar ahora es lo que ya adelantábamos: que podemos considerar todo lo que es nada que como momento, o, si se quiere, fragmento de algo muchísimo mayor que se desenvuelve.

Sin duda, Karl Jaspers, Eugen Fink y en la actualidad Eugenio Triás, corresponden a pensadores que más profundamente han reflexionado acerca del límite, el último en su obra que se llama precisamente *Los límites del mundo*.

Traigamos a colación algunos de los principales pensamientos de esta última obra para continuar reflexionando sobre nuestro tema. Por de pronto, Trías señala que los seres humanos, ya en sí mismos, “somos los límites del mundo”, y esto cabe entenderlo en cuanto que “constituimos el *finis terrae* del ser y del sentido”. Desde luego ello tiene que ver con la delimitación, la demarcación, la frontera que trae consigo la representación, la *representatio* de la mónada leibiniana y la *Vorstellung* kantiana. Pero, más que eso, en Trías se hace muy fuertemente presente la inquietud que provoca todo supuesto límite. Somos entes esencialmente fronterizos y nuestro lugar, siendo cabe la frontera, nos hace estar siempre en la tentativa de traspasarla. Para el pensador español nuestro lugar propio está precisamente en el inter-esse, el intersticio, el ser intermedio, justamente entre nuestra naturaleza pre-humana y el misterio supra-humano.

Por otra parte, nuestro ser fronterizo compone a la vez una eticidad peculiar. Trías reformula, así como se ha realizado ya desde Hegel hasta Hans Jonas, el imperativo categórico kantiano, expresándolo de la siguiente forma: “Obra de tal manera que la máxima que determina tu conducta, y tu acción, se ajuste a tu propia condición de habitante de frontera”. Y Trías agrega: “El límite funda la libertad del fronterizo”. Por nuestra parte, podríamos a su vez añadir a ello que, porque somos habitantes del *limes*, trazamos límites.

Atendiendo a otra obra anterior de Trías, y también excelentemente lograda – *Tratado de la pasión* – en que el tema es el erotismo en el más amplio sentido, en ella se nos muestra de entrada y con mucha fuerza cómo el sujeto se constituye eróticamente, en rigor, apasionadamente, dado que es la pasión la que lleva en propiedad a esa constitución, y la que a la vez por cierto es también una constitución identitaria. Ello es así porque el otro ser humano – ella o él – ha abierto una llaga en mí, de la cual desde ahora en adelante comienza a manar sangre, y esto quiere decir que el sujeto como tal para poder constituirse, tiene que des-limitarse, extra-limitarse. También desde esta perspectiva de la pasión se devela nuestro ser esencialmente fronterizos.

2

Se puede diseñar claramente una historia de la filosofía, siguiendo el problema de cómo se presenta esta relación. De hecho, el legado escrito más antiguo de la filosofía occidental, que corresponde al primer fragmento de Anaximandro, comienza hablándonos de esto, al decir: *arjé to ónton to ápeiron*, a saber, que lo ilimitado-indeterminable (el *ápeiron*, de acuerdo a la traducción de Hermann Diels) es el origen de todos los entes.

Y si continuamos con un brevísimo esbozo de las estaciones que pueden seguirse de la problemática que enunciamos, corresponde por de pronto poner de relieve que hay que hacer de entrada una división, o si se quiere, justamente una delimitación, una demarcación, a saber, entre pensadores que se centran en la afirmación de límites, a los que

llamaremos “pensadores de la delimitación” y pensadores que más bien afirman la necesidad de la superación de toda delimitación, a que los llamaremos “pensadores de la deslimitación”. Pero, hay también otros pensadores, en los que más bien lo que está en juego es lo que podríamos describir como “translimitación”, entendiéndolo por tal una ruptura de límites últimos, del horizonte que se ha considerado hasta cierto momento, abriendo un horizonte completamente distinto que trae consigo nuevos límites. Dentro de estos últimos pensadores se cuentan ante todo Parménides y Platón.

1. Pensadores de la delimitación.

1.1. Entre ellos, cabe mencionar en primer lugar a Sócrates. El filósofo argentino Adolfo Carpio describe a Sócrates acertadamente como el “luchador del concepto”, con lo cual de alguna manera define la filosofía íntegra. La filosofía de punta a cabo consiste en esa denodada lucha por el concepto, por alcanzar la definición precisa de los temas de su incumbencia.

1.2. Aristóteles, el padre de la Lógica, el que sobre la base de un criterio racional, define, organiza y ordena la temática de los distintos ámbitos del saber. Merece destacarse a su vez que su ética está centrada particularmente en la idea de un justo punto medio, un *mesotés* (un límite) en las acciones, con lo que se relaciona ante todo la prudencia y la justicia, en tanto las virtudes por excelencia.

1.3. Descartes, como el pensador de acuerdo al cual en el método de investigación está la clave, a saber, el criterio de claridad y distinción de las ideas que se presentan a nuestra mente, con lo que a la vez abre el camino para el desarrollo científico en la modernidad.

1.4. Spinoza, quien centra su pensamiento en la idea de *conatus*, del intento de perseverar en el ser, propio de cada ente y a su vez del ser de la plenitud, la sustancia única y universal, el *deus sive natura*.

1.5. Leibniz, como el pensador que nos muestra como el universo entero se ordena, se organiza (se delimita) sobre el fundamento absoluto del principio de razón suficiente.

1.6. Kant, después de Sócrates, probablemente como el pensador al que más le preocupa y a la vez está más obsesionado por el límite, a saber, el límite que concierne a la razón. Podríamos decir que ello lo lleva a constituir no sólo su obra mayor, la *Crítica de la razón pura*, en un tribunal, sino junto con ello la filosofía misma, ya que en ese tribunal se juzga acerca del desempeño que ha tenido la metafísica hacia atrás en el tiempo y también hacia adelante, con respecto a cualesquiera desarrollo futuro de ella.

2. Pensadores de la translimitación

Estos pensadores son decisivos respecto del concepto filosófico de límite, dado que con ellos se forjará una demarcación del mundo fenoménico-empírico, incitándonos a abrir e inquietar nuestras mentes respecto de lo que habría más allá de ello. Ellos son principalmente

Parménides y Platón, en lo que hay que considerar que en cierto modo el primero anticipa al segundo.

2.1.Parménides, el cual al pensar el ser como eterno e inmóvil, induce con ello a una translimitación, a un forjar un límite que va más allá del devenir, de todo lo que está en aparente cambio y movimiento.

2.2.Como decíamos, ante todo Platón como el forjador del *trascendens*, del *epekeina tes ousias* (lo que está más allá del ente), con lo cual abre un nuevo horizonte, la trascendencia, en la historia de la filosofía.

3.Pensadores de la des-limitación

El común denominador de estos pensadores consiste en el reconocimiento de la fragilidad, y por decirlo así, de lo insustancial que es a fin de cuentas cada ente, cada fenómeno, cada unidad, con su delimitación, su demarcación, y esto supone a la vez reconocer e insistir no sólo sobre su integración, sino incluso disolución en el todo, en la plenitud, en el flujo o *continuum*.

3.1.Anaximandro en atención a su pensamiento de que el origen de todo lo ente es el *apeiron*, lo ilimitado-indeterminable. Todo lo ente, por el contrario, sería limitado.

3.2.Zenón de Elea, en razón de las paradojas en las que reiteradamente está en juego la imposibilidad de que lo discontinuo (que es limitado) pueda dar cuenta del *continuum*. De este modo, Aquiles, por ejemplo, nunca alcanzará a la tortuga.

3.3.Heráclito, porque plantea que uno es el día y la noche, uno el camino hacia arriba y hacia abajo, y también atendiendo al terreno ético, que uno es el bien y el mal, y que sólo los necios hacen la separación. No puede haber justicia sin injusticia, y viceversa.

3.4.Hegel porque cada ente, individuo o fenómeno es nada más que un momento dialéctico en el despliegue de la razón universal.

3.5.Schopenhauer que propone su peculiar *memento mori*, al plantear que la voluntad de vivir que determina a todo lo viviente, al convertirse en voluntad de morir, prepara su inserción en la plenitud de la voluntad universal, de donde, por lo demás también proviene.

3.6.Kierkegaard que pone de manifiesto la antitética en la que existencialmente nos encontramos, al ser posibilidad – lo que podemos ser – y realidad – lo que ya somos – y que junto con ello, expresa la angustia en el tener que elegir entre esto y lo otro, que es propia de la libertad.

3.7.Nietzsche como uno de los mayores exponentes de la des-limitación, que estima que hay algo más radical que el espíritu apolíneo, que junto con tener que ver con la medida y el orden, está ligado a delimitaciones que permiten lo anterior, marcando esto un contraste con el espíritu dionisiaco, que por vincularse con la desmedida y el caos, nos lleva a desbaratar los límites que nos atan y aprisionan.

3.8.Jaspers, debido a su concepción del ser como lo envolvente (das *Umgreifende*) y de la verdad como movimiento, ir-de-camino (*Bewegung*).

3.9.Heidegger, también como pensador de la des-limitación, precisamente por deslimitar el ser de toda posible entificación o

sustancialización en que ha incurrido la tradición metafísica, como metafísica del fundamento, de la representación y del valor.

3.10. Y también serían filósofos de la deslimitación los pensadores franceses Foucault, Deleuze, Derrida, y los que se mencionarán a continuación más abajo, como también Sloterdijk.

3

A continuación, me parece relevante abordar el tema del límite desde ciertas perspectivas relativas a distintos pensadores contemporáneos:

3.1. Desde el modo como Georges Bataille entiende el erotismo.

En ello está precisamente en juego que somos individualidades discontinuas, y esa discontinuidad de cada cual está demarcada no sólo espacio-temporalmente, sino también por nuestras capacidades, convicciones, en definitiva, por nuestras respectivas concepciones de mundo. Y esta demarcación variada de nuestra discontinuidad Bataille la presenta como interdicho, queriendo decir con ello que son ciertas prohibiciones las que nos delimitan y también nos protegen y amparan. Pues bien, el erotismo se expresa al modo de un transgredir esos interdictos, lo que nos permite fluir en un *continuum*. Esta inserción, esta suerte de hacerse uno con el flujo o continuum se da no únicamente en términos de una fusión con otro ser humano, sino para el artista con su tema, para el místico con Dios, y así en diversos ámbitos.

Lo que le da, desde esta perspectiva, una particular relevancia al límite, es que precisamente acontece el erotismo en la medida en que hay algún interdicto que transgredir, lo que en definitiva lleva a Bataille a sostener en términos extremos, y ciertamente con un carácter dialéctico, que el *interdicto es la transgresión*.

En otras palabras, para decirlo con Gilles Deleuze, cuando lo singular, único e irreplicable, se ha vuelto regularidad, o también con Paul Ricoeur, cuando comienza a predominar sólo la sedimentación sin que tenga lugar la innovación, o también con Umberto Eco cuando los signos (en este caso del erotismo) comienzan a hipercodificarse, sin que se de una nueva hipocodificación, una generación de nuevas codificaciones semióticas, el erotismo, decae, se apaga o muere; sólo hay pues erotismo en la medida en que hay límites que traspasar, interdictos que transgredir.

3.2. Inspirándose Ricoeur en la *felix culpa* de San Pablo, nos habla de la *maldición de la ley*, la cual expresa nuevamente de modo contundente no sólo la relevancia del límite, sino también, por decirlo así, su *cara oculta*. Ello se debe nuevamente a una cuestión de carácter dialéctico (y *dialéctico*, tanto aquí como más arriba más en un sentido más heraclíteo que hegeliano) a saber que todo límite que trazamos, al interrumpir un flujo, produce dicotomías, escisiones, fisiones, separaciones que antes no estaban en juego. Cuando Hernán Cortés

llega a América, su acción ha de provocar que cierto acontecer, como el de los sacrificios humanos de los aztecas, que simplemente fluía hasta ese momento, sea interrumpido, y al establecer límites en ello, literalmente se *crea el mal* (por muy justificado que ello pudiera parecer en lo que concierne a nuestras convicciones). Lo que hasta ese momento no era todavía prohibido ni *malo*, ahora pasa a serlo. Pensemos más que en leyes, en normas de comportamiento, por ejemplo, en prohibiciones, como la relativa a relaciones prematrimoniales, que tenía notoria vigencia más o menos hasta los años sesenta del siglo XX. Ello nos hace ver que lo que en principio no es ni bueno ni malo, al haber la prohibición, a saber, una norma que sanciona, literalmente se “crea el mal”. Lo mismo cabría decir desde luego de la ley positiva que históricamente legisla estableciendo todo tipo de prohibiciones a veces incluso en un plano racial, genérico, sexual, social, económico, político, religioso, u otro. Y si además consideramos que con este ya inveterado enfrentamiento del mal no hemos tenido éxito, si consideramos además que los mayores crímenes cometidos a lo largo de la historia de la humanidad fueron cometidos de manera fría e impersonal en el siglo XX, entonces quedamos al final ante una tremenda incógnita: ¿si acaso no se justificaría más una estrategia distinta de enfrentar el mal?

Y ahora el pasaje paulino de la *felix culpa* de la “Epístola a los Romanos”:

“¿Qué diremos entonces? ¿Qué la ley es pecado? Eso ni pensarlo. Lo que pasa es que solamente conocí el pecado a la luz de la ley. Y así, de hecho, yo no habría tenido noticia de la concupiscencia si no fuera porque la ley me dijo: *No codiciarás*. Y así el precepto fue la ocasión, como el trampolín de cuyo impulso se aprovechó el pecado para despertar en mí toda clase de concupiscencia. Quiero decir que sin la ley, el pecado no es más que una palabra. /.../”.

3.3.El modo como Jean Baudrillard concibe los alcances de la seducción nos aporta una nueva y sugerente perspectiva para pensar el límite. Lo que sea la seducción se entiende desde su contraste, que corresponde a la producción. Ésta supone no solamente producción industrial de materias elaboradas, sino también de normas, leyes, valores, metas, finalidades. Con el sociólogo-filósofo podemos decir que el mundo es ante todo el mundo de la producción, la cual en definitiva es producción de sentido. Pues bien, podríamos decir en primer lugar que seduce lo que la producción no logra explicar, dominar o controlar, es decir, seduce lo que está allende los límites que conlleva toda explicación, dominio o control. Es más, lo que alimenta, inquieta y vivifica la producción es precisamente la seducción, en cuanto es lo que la hace avanzar y conquistar nuevos espacios. Con Baudrillard, agregaríamos que ello lleva al final a la producción al precipicio, y más que extraviarse, diríamos *fractalizarse* en la hiperrealidad, en una realidad que escapa a todo control del sujeto, que, por lo mismo, acaba desarrollando “estrategias fatales”. Esto último está directamente relacionado no sólo con lo medular del pensamiento baudrillardiano,

sino que visiblemente es a la vez lo que lo obsesiona y fascina. En ello también se advierte el carácter post-moderno de su pensamiento.

3.4. Desde la perspectiva de la filosofía del juego, sobre todo con apoyo en la clasificación de los juegos de Roger Caillois. De esta clasificación quiero destacar sólo dos tipos de juego que están directamente relacionados con la problemática del límite: los de *agón* (de competencia) y los de *ilinx* (de vértigo). Pues bien, estos últimos, los juegos de vértigo, las acrobacias, se abren a un mundo de posibilidades, exploran algo completamente nuevo y asumiendo en ello el riesgo que conlleva incluso el peligro de morir en el intento. El *agón*, que corresponde a la mayoría de los juegos que jugamos, en los que se enfrentan distintas capacidades, habilidades, destrezas, y que pueden ser tanto físicos (el fútbol, y otros), como mentales (el ajedrez, y otros), supone más bien una regularidad, y ello por de pronto, porque supone a la vez un estricto apego a reglas. En este sentido, los juegos agonales se *establecen*, incluyendo ello un establecimiento espacial, en canchas, pistas, mesas, cuadriláteros, y otros.

Pero, más de fondo hay que tener en cuenta que con el filósofo del juego que precede a Caillois, Johan Huizinga, el propio ser humano es concebido como *homo ludens*, y esto quiere decir que porque somos tales, porque somos esencialmente jugadores, jugamos juegos específicos. Y todavía hay más que decir respecto de ello. Relacionando el pensamiento de Huizinga con el de Caillois, se trata de que como *homo ludens* jugamos en nuestra existencia diaria ante todo juegos agonales, así al interior de una empresa, o entre las empresas, al interior de un Estado o entre los Estados, al interior de una universidad o entre las universidades. Y el agon como juego específico viene a ser de este modo una suerte de ritual, de celebración de nuestro ser *homo ludens* agonales. Y lo mismo cabe decir del *ilinx*, del vértigo. Como *homo ludens* que somos admiramos hasta tal punto los actos heroicos, aquellos actos en que se pone en riesgo la vida o en los que incluso se sacrifica la vida por una causa que es apreciada como noble, que convertimos a los héroes en Padres de la Patria, y así cada nación tiene su Panteón de los Héroes de la Patria. Pues bien, como *homo ludens adictos al vértigo* (si podemos decirlo así) celebramos ése, nuestro ser, en el ritual, en la celebración de piruetas acrobáticas. La fuerza que ha tenido el circo a lo largo de la historia ha estado radicada justo en ello.

Ahora bien, en lo relativo al límite, como ya decíamos, los juegos de vértigo se abren arriesgadamente a nuevas posibilidades todavía no exploradas, traspasando así límites que establecían hasta un momento dado los juegos agonales. Y una vez que el *ilinx* ha probado que se puede hacer algo, con el consiguiente sacrificio de vidas humanas, viene luego el *agón* a la zaga probablemente a inaugurar un nuevo deporte. Mas, ello ocurre no sólo en los juegos específicos, sino, antes bien, en la economía, en la política, en la técnica, y por cierto en la guerra. Tomemos en cuenta en ello nada más que la historia de la aviación. Sin los juegos de vértigo, incluso de quienes solemos ver que como “locos”, que sacrificaron sus vidas por volar de alguna manera, no se habría

llegado finalmente a las primeras máquinas voladoras, relativamente estables y seguras.

Nuevamente pues se nos muestra en ello que el límite no sólo incita, sino incluso suele estar ahí para traspasarlo. Mas, como habitantes fronterizos solemos tener la necesidad de estar largo tiempo ingeniando, indagando la posibilidad de traspasar el límite, experimentando en ello también el goce que trae consigo no sólo el mantenerse en ese borde, rozándolo una y otra vez, sino manteniéndonos encantados y fascinados con lo que habría al otro lado.

4

Una de las cuestiones más complejas a que nos lleva la concepción del ser humano como *homo ludens* es la relativa nuevamente al límite, en este caso, si lo vemos al revés, desde los juegos específicos que jugamos hacia nuestro modo lúdico de existir y de habitar el mundo. Pienso que uno de los mejores ejemplos que encontramos en la literatura universal en torno a la movilidad de este límite – y que se traduce en no saber si estamos propiamente jugando, a saber, un juego específico o no, es el Cuento “La pana” de Friedrich Dürrenmatt. El autor comienza con la inquietud relativa a las historias que se le ofrecen al escritor: por lo general ellas corresponden simplemente a escándalos o también a cuestiones psicológicas concernientes a las vivencias del autor. Él prefiere tratar sobre algo accidental, dado que en nuestro mundo altamente tecnificado, inevitablemente se producen accidentes, desperfectos, panas. Pues bien, entrando en el relato, sucede que el protagonista Alfredo Traps, representante de una industria textil, se queda en pana con su flamante Studebaker, cerca de un pueblo en Los Alpes Suizos. Traps tiene el propósito de alojarse en el pueblo, considerando ante todo la posibilidad de que pudiera tener alguna aventura con alguna chica del lugar. Es un hombre casado y con hijos. Su vida, llena de reiteradas infidelidades, le lleva a desestimar llamar a su casa, avisando que no llegará por causa de la pana, en razón de que su esposa de por sí no le creería. Pero, en su búsqueda de alojamiento, se encuentra con que los hoteles están completos, y la única posibilidad que encuentra es la villa de un juez retirado, que más encima le ofrece gratuitamente alojamiento. Después de instalarse allí en una cómoda habitación, el juez le hace una invitación a una cena, la cual acepta. Cuando se presenta a ella, se encuentra allí con otros tres jubilados, todos los cuales tienen que ver con la justicia, entre ellos un ex-fiscal acusador y un ex- abogado defensor. Después de un exquisito cocktail con chamagne y luego vinos de nobles cepas, le cuentan estos señores, ya en edad senil, que ellos juegan un juego, cual es el juego del Tribunal, invitándolo a participar en él. Él accede a ello alegremente. Y este juego, de entrada se presenta como sumamente serio y grave, dado que su abogado defensor le advierte con mucha preocupación acerca de numerosas dificultades que tendrán que enfrentar en el proceso. Pero, más que eso, le pregunta a nuestro personaje acerca de qué delito ha

cometido, aduciendo este último que ninguno, a lo cual replica el defensor arguyendo que todos hemos cometido delitos que luego minimizamos, reprimimos u olvidamos. En fin, el defensor y posteriormente el fiscal le van sonsacando información que si conduce al reconocimiento de que, a fin de cuentas, ha cometido un delito, incluso un crimen. Todo parte por el dato de su flamante Studebaker. El auto que tenía Traps anteriormente era un antiguo Citroën, y entonces sucedía que en sus largos y frecuentes viajes era alcanzado una y otra vez por autos mejores y más potentes. A su vez, su jefe era un tipo particularmente explotador, como, por otra parte, lo detenía en su ascenso, y llevaba las riendas del negocio de manera aparentemente dudosa. Es así, como Traps, llevado por la ambición, parte por seducir a la bella esposa de su jefe, cuando éste se encuentra de viaje. Mientras hace el amor con ella en la propia cama del jefe, al ver su retrato colgado de la pared, se dice a sí que con esto que ahora sucede ya se está deshaciendo de él. La esposa del jefe entretanto ya le ha contado que su marido padece de una severa dolencia cardíaca. Mas, todas estas cosas que se van ventilando en el juicio, no significan para Traps nada de temer, dado que es sólo un juego, pero aun así, no deja de asustarse a ratos. Y, siguiendo Traps, ahora ya con un plan deliberado, decide provocar el escándalo y contarle lo sucedido a uno de sus colegas de trabajo, el cual está enemistado con él. De este modo, la noticia no tarda en llegar al jefe, porque este colega se siente ahora moralmente obligado a comunicárselo a su superior. Es tal la impresión que éste recibe de golpe que tiene ahí mismo un infarto con consecuencias fatales. Esta noticia pronto llega a Traps, quien se alegra por ello. Su objetivo se ha cumplido, y la prueba está en su flamante Studebaker, un auto lujoso, que adquirirá muy pronto, una vez que ha pasado a ser él el nuevo jefe. Pero a la vez con ello también se ha cumplido con creces el anhelo que se manifestaba en el juego, ya que Traps queda a tal punto convencido de su culpa (que es moral y no legal) que no acepta que su abogado quiera aminorarla. ¿No es acaso lo moral más profundo que lo legal?

Y el juego continúa. Tras la confesión de Traps de haber provocado la muerte de su jefe, llega la hora del fallo y la sentencia es la muerte. Traps agradece y dice que es el día más bello y feliz de su vida, ya que recién está propiamente descubriendo quién es. ¿Mas, que haya sido condenado a muerte, será esto también parte del juego? Y entonces ocurre que al día siguiente a Alfredo Traps lo encuentran colgado en su habitación.

El juego se hizo realidad. Imperceptiblemente transitamos del juego a la vida real ¿o tal vez a otro juego? ¿Cuál es el límite entre uno y otro?

A modo de Conclusión

El ejemplo de “La Pana” de Dürrenmatt sirve también para suavizar los límites entre filosofía y arte, y más particularmente, entre filosofía y literatura. Casi podríamos decir que el texto en cuestión es a la vez filosófico y plantea a la filosofía del juego cuestiones de la mayor relevancia, ante todo la que corresponde al límite móvil entre juego y realidad. Sin duda, sin la debida consideración de este límite móvil, el *homo ludens* no es pensado suficientemente.

Esta cercanía, y mejor todavía, acercarse la filosofía con la literatura, tiene por cierto el carácter de una búsqueda recíproca: la filosofía acercándose a la filosofía, para abrevarse de ella, y la literatura acercándose a la filosofía, también para abrevarse de ella. Tal vez ello corresponde a la demanda de nuestra época. Justamente los distintos ámbitos y disciplinas que colindan con la filosofía, históricamente han supuesto sobre todo sinergia (amén de algunos casos o períodos en que también ha habido déficit) así con la teología, la ciencia, la política.

Y bien, hoy por hoy la cercanía que debería darse cada vez más, a mi modo de ver, es aquella de la filosofía con el arte, y muy especialmente con la literatura.